

Pervivencia y renovación de lo grotesco en la narrativa del siglo XX*

Lourdes Carriedo López

Universidad Complutense de Madrid

carriedo@filol.ucm.es



Partiendo de la premisa de que lo grotesco forma parte del mundo y, más exactamente, de nuestra percepción, interpretación y representación del mismo, Rémi Astruc, Catedrático de Literatura Comparada y Literaturas Francófonas de la Universidad de Cergy-Pontoise (Francia), propone en *Le renouveau du grotesque dans le roman du XXe siècle* una valiosa aproximación a un concepto tan ambiguo como presente en el devenir del arte y la literatura. Respuesta estética a una peculiar visión del mundo, cabe pensar lo grotesco como una categoría transhistórica y transdisciplinar que se ha manifestado con mayor o menor intensidad a lo largo de la Historia, en función de determinadas circunstancias socio-culturales, ideológicas y artísticas. Circunstan-

cias que se corresponden fundamentalmente con épocas de cambio y transformación, como la baja antigüedad latina, la Edad Media, el Renacimiento, y el siglo XIX del Romanticismo, fundamentalmente de corte hugoliano. A esta relación cabe añadir, según demuestra el autor del trabajo, numerosas manifestaciones literarias y artísticas que, desde finales del siglo XIX y a lo largo de prácticamente todo el siglo XX, permi-

* A propósito de la obra de Rémi Astruc: *Le Renouveau du grotesque dans le roman du XXe siècle. Essai d'anthropologie littéraire* (París, Éditions Classiques Garnier, coll. «Perspectives comparatistes», 2010; 280 páginas, ISBN: 978-2-8124-0170-1).

ten afirmar que lo grotesco resurge con fuerza renovada para teñirlas de una efectiva «espectaocularidad»¹ de valor tragicómico.

Como lector sagaz y abierto comienza mostrándose Rémi Astruc en un estudio cuyo origen no parece ser otro que el resultado de la lectura atenta de novelas dispares y dispersas, en espacio y tiempo, pero de las que resulta posible extraer elementos comunes, no sólo en cuanto a la temática, sino también en cuanto al tono, coloración emocional, estructuras analógicas y dispositivos enunciativos. Según el propio autor indica en el prefacio, habría seguido a esta primera impresión de lectura una voluntad de sistematizar los elementos propios de la estética grotesca, a la luz de estudios críticos de lectura inexcusable –como los de M. Bakhtine, W. Kayser, D. Ielh o E. Rosen– que, si bien aportan luz acerca de la naturaleza de dichos fenómenos, no llegan a proporcionar claves determinantes para una definición de lo grotesco. Difícilmente podrían hacerlo, pues no se trata de una categoría literaria establecida, sino un «modo de figuración», de carácter esencialmente humorístico, cuyas lindes semánticas se hallan de hecho muy diluidas (respecto a otros conceptos como lo satírico, o lo absurdo, por ejemplo), cuyos recursos son comunes a otros muchos discursos (como lo paródico, o lo fantástico, por ejemplo), y cuya función varía considerablemente según la obra y su contexto socio-histórico.

El trabajo de Rémi Astruc² obedece, así pues, a un procedimiento investigador de carácter inductivo: no parte tanto de unas premisas teóricas generales de aplicación a un corpus representativo, sino que, partiendo de la lectura de textos narrativos de muy diversa procedencia, busca establecer una síntesis teórica susceptible de determinar el cómo y porqué del común «efecto de grotesco» que todas ellos –en virtud de un particular dispositivo enunciativo y poético– propician en el lector. Astruc maneja con sutil habilidad de comparatista³ numerosos textos de autores clave del último siglo y medio, como Fedor Dostoïevski, Franz Kafka, Louis-Ferdinand Céline, Henry Miller, Samuel Beckett, Gunter Grass, Gabriel García Marquez, Philip Roth o Sony Labou Tansi. En las obras de todos ellos existen, en efecto, elementos que inevitablemente enganchan la mirada, atraen la atención, e incluso violentan la sensibilidad del lector, ilustrando a la perfección la fórmula del congolés Sony Labou Tansi: «mon

¹ Nos permitimos jugar con las palabras, componiendo un neologismo con los sustantivos espectacularidad y ocularidad, por cuanto el fenómeno grotesco juega con el aspecto visual de la imagen, ya sea pictórica o literaria, para imponerse como espectáculo signifiante a los ojos y la mente del lector.

² Es de señalar que *Le Renouveau du grotesque dans le roman du XX^e siècle. Essai d'anthropologie littéraire* viene precedido de numerosos artículos dedicados al análisis de lo grotesco en la literatura del siglo XX, publicados en revistas y obras colectivas de ámbito internacional.

³ La perspectiva comparatista del estudio se integra a la perfección en la tónica de la colección que, en el marco de los prestigiosos Classiques Garnier, dirigen Véronique Gély y Bernard Franco. La colección «Perspectives comparatistes» ha dado, hasta el momento, unos cuantos títulos dignos de mención en el campo de la Literatura General y Comparada.

livre à moi, je me bats pour qu'il saute aux yeux» (2010:15). En mayor o menor medida, todas generan un «efecto grotesco» de lectura, y es precisamente la voluntad de desentrañar los porqués de dicho efecto, es decir, los modos de recepción del mismo, la que determina la perspectiva de análisis y confiere carácter propio al estudio.

Por otra parte, la orientación crítica de Rémi Astruc combina el análisis literario con la reflexión estética y antropológica, desde el momento en que lo grotesco se concibe como manifestación estética de una visión de la realidad, resultante de una experiencia existencial del mundo, del otro y del yo y, por tanto, susceptible de enmarcarse en el ámbito de los fenómenos humanos y sus correspondientes fórmulas de expresión (2010:19). Alternando sabiamente esta triple mirada a lo largo de todo el estudio, el autor orquesta su conjunto en tres grandes movimientos que obedecen, en primer lugar, a un intento de re-definición de lo grotesco a la luz de su evolución en la historia de la literatura y de los estudios críticos existentes; en segundo lugar, a la consideración del fenómeno estético en función de su matriz antropológica; por último, a la voluntad de delimitar lo propio de lo «grotesco moderno» por medio del análisis de sus principales recursos narrativos, temáticos, poéticos y estilísticos.

Veamos muy brevemente en qué consiste y qué aporta cada uno de estos grandes movimientos del estudio.

En el primer capítulo, Rémi Astruc pretende contestar al qué, cómo y porqué de lo grotesco. Repasa para ello las teorías que han venido dominando el panorama crítico en los últimos cincuenta años. Y si cada una de ellas aporta luz al fenómeno, aún manteniendo posturas a veces encontradas –Bakhtine y Kayser defienden, respectivamente, la naturaleza esencialmente cómica y trágica de lo grotesco– bien es cierto que ninguna de ellas proporciona una definición concluyente del mismo: no reduciéndose ni a la «comicidad absoluta» (Baudelaire), ni a lo trágico y siniestro, lo grotesco se sitúa en una intersección que permite todo tipo de contradicciones y garantiza su indeterminación, tanto genérica como significativa. En efecto, lo grotesco presenta, por un lado, una indefinición genérica que lo sitúa en el entredós de lo cómico y lo trágico y, por otro, una indefinición hermenéutica derivada de su ambigüedad y opacidad significativas.

Al no existir una tópica grotesca sistematizada, ni tampoco una relación de marcadores formales que facilitarían su delimitación en el corpus textual, Rémi Astruc sitúa el fenómeno grotesco en el marco de las figuras macroestructurales de sentido o de pensamiento (próximo pues a la ironía), al tiempo que insiste en la importancia del «efecto» derivado de la peculiar deformación de la realidad que la mirada grotesca implica. En este sentido, cabría pensar en una nueva forma de categoría retórica: la de las «figuras de emoción o de sensación» (2010:33), capaces de suscitar no sólo un juicio de valor racional, o una interrogación de orden moral respecto al mundo, sino también de causar en el lector un primer impacto emocional capaz de sor-

prenderle, desconcertarle, o incluso desasosegarle. El análisis de la ineludible implicación del lector es, sin duda, una de las propuestas más interesantes del estudio.

A partir de las constataciones anteriores, son varias las características que, a juicio de Astruc, contribuirían a definir el discurso grotesco: por un lado, la ambigüedad consustancial, el carácter indecible de su naturaleza (cómica/trágica), de su sentido (absurdo/significante), de su forma (motivos/tropos); por otro, su función de alteridad, esto es, la creación de un universo desfigurado y casi siempre inquietante en el que intervienen con frecuencia elementos propios de otros registros literarios; finalmente, la función crítica y axiológica, la doble interrogación moral e ideológica que, a través de la caricaturización de la realidad, se lanza sobre el mundo y el yo.

Porque, en realidad, lo grotesco resulta de una particular sensación y aprehensión del mundo, de una «experiencia primordial del ser humano» que precede a cualquier desarrollo filosófico o artístico, a cualquier reflexión estética. Al igual que lo absurdo, con el que en muchas ocasiones se confunde -y de manera muy evidente en el siglo XX-, lo grotesco nace de una «sensación de extrañeza del mundo» por parte del sujeto, sin llegar sin embargo a sustentarse en un andamiaje filosófico como ocurre con la noción de absurdo. En realidad, lo grotesco responde a una «necesidad antropológica universal» (2010:111), tal y como se demuestra en el segundo movimiento de *Le renouveau du grotesque dans le roman du XX^e siècle*. Este es, precisamente, otro de los grandes pilares del trabajo de Astruc: el análisis del origen antropológico del fenómeno grotesco permite poner en relación la problemática del individuo frente al mundo, al otro y a sí mismo, esto es, su vivencia de la identidad y alteridad, con los «operadores antropológicos» de la estética grotesca: reduplicación, hibridación y metamorfosis. Sin perder nunca de vista, claro está, que el primer operador antropológico, a partir del cual se construye toda la experiencia humana, es el cuerpo. Ello explica el frecuente desarrollo caricaturesco de su morfología (mostrando un gusto por los rostros deformes o las anatomías monstruosas, por ejemplo) y de sus funciones (primando las funciones sexual y digestiva, entre otras) que se produce desde las primeras manifestaciones de lo grotesco hasta nuestros días.

Si bien el estudio de Rémi Astruc comienza por desentrañar, a partir de un planteamiento antropológico, los elementos configuradores de lo que podría considerarse la esencia atemporal de lo grotesco, el tercer movimiento -el más largo y sostenido del libro-, se centra en las manifestaciones de ese «grotesco moderno»⁴, que coincide con una época de cambios y transformaciones vertiginosas⁵, con momentos de lógica inestabilidad existencial. Paralelamente, la función de la risa que suscita varía,

⁴ Lo «grotesco moderno» brotaría, según Astruc, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y se desarrollaría a lo largo de todo el XX.

⁵ Como señala Rémi Astruc, en vez de pretender eliminar el desorden y el caos, como en la Edad Media y el Renacimiento, el discurso grotesco se pone al servicio del cambio y la transformación, exaltándolos, asumiendo el vértigo y la incertidumbre que conllevan.

pasando a ser válvula de escape ante la adversidad, e incidiendo en un carácter satánico que obliga sin duda a replantearse el mundo.

Tras repasar algunos elementos que perviven de la literatura picaresca y sus héroes marginales (primera manifestación del individuo enfrentado a la sociedad) y, sobre todo, los heredados de los dos romanticismos (por un lado, el hugoliano, exaltado y triunfante; por otro, el baudelairiano, sombrío y melancólico) que dominan el siglo XIX, Rémi Astruc analiza la transformación psicológica e ideológica de una sociedad «moderna», caracterizada por un individualismo exacerbado y un sentimiento de incertidumbre que reclaman nuevas formas de expresión literaria. Y ello en varios niveles.

En primer lugar, en el nivel de la configuración del universo narrativo, en el que se pone en cuestión la naturaleza del héroe —a través de «figuras» deshumanizadas o espectrales—, la concepción del espacio y del tiempo, la representación de la realidad. En segundo lugar, en el nivel de la enunciación, por la que se instaura un régimen perverso y descodificador de consignas genéricas, esencialmente ambiguo, y en el que el sujeto de la enunciación tan pronto se muestra al desnudo como se retrotrae hasta lograr la más completa invisibilidad. En tercer lugar, en el nivel del lenguaje, que adquiere una plasticidad descriptiva propia de la pintura y una espectacularidad propia del teatro, a base de metáforas deslumbrantes e imágenes plásticas que terminan por desconfigurar la linealidad del relato y quebrantar sus articulaciones genéricas.

Reducidas en esta presentación a unas cuantas líneas, las más de 200 páginas que desarrollan en el trabajo de Rémi Astruc las peculiaridades de lo «grotesco moderno» constituyen uno de los intentos más serios y certeros de delimitar los elementos constitutivos de ese resurgir de lo grotesco que se produce en la narrativa del siglo XX. A este respecto, la doble perspectiva adoptada, comparatista y antropológica, enriquece y completa las aportaciones de estudios anteriores, hasta el momento casi exclusivamente centrados en sus manifestaciones estéticas. No será de extrañar que, en el futuro, el estudio aquí reseñado se convierta en uno de los trabajos de referencia ineludible en este campo literario y artístico, como ya lo son los de Bakhtine y Kayser, dos de los puntales de la amplia bibliografía que sustenta la interesante propuesta crítica de Rémi Astruc.